

IDENTIDAD NACIONAL, HISTORIA E INVENCION DE TRADICIONES EN EL SALVADOR EN LA DÉCADA DE 1920¹

*Carlos Gregorio López Bernal**

“... no cabe dudarlo, los hombres-símbolos son tan indispensables para los pueblos como los héroes de carne y hueso, porque sin su concurso es imposible forjar e inculcar el sentimiento patrio en la conciencia nacional.”
Jorge Lardé y Larín

Atlatcatl, el mítico cacique indígena cuscatleco, es actualmente uno de los símbolos de la endeble identidad nacional salvadoreña. Pero, a diferencia de los próceres de la independencia, cuyo culto ya estaba bastante consolidado hacia el primer centenario de la emancipación, Atlatcatl debió esperar hasta finales de la década de 1920 para ocupar un lugar más bien modesto en el panteón de héroes nacionales. A pesar de que a Atlatcatl se le atribuye haber liderado la resistencia de los

* Historiador salvadoreño. Egresado del doctorado en Historia, Universidad de Costa Rica. Coordinador de la carrera de Historia, Universidad de El Salvador.

habitantes de Cuscatlán frente a los invasores españoles, su gesta estuvo por mucho tiempo en un segundo plano y pasó más bien desapercibida.

Este artículo estudia el proceso que condujo a la consagración de Atlacatl como héroe nacional. Para entender cómo y por qué este personaje pasó a formar parte del panteón de héroes nacionales es preciso estudiar los cambios que se produjeron en la forma de concebir la identidad nacional en la década de 1920. El redescubrimiento de Atlacatl fue parte de un proyecto más amplio que buscaba la redefinición y el fortalecimiento de la identidad nacional en El Salvador. Para entender mejor este proceso es preciso considerar brevemente sus antecedentes.

La identidad nacional salvadoreña del periodo liberal

En El Salvador la idea de nación fue concebida primeramente entre las elites, las cuales trataron de inculcar en los sectores populares un sentido de pertenencia y lealtad hacia esa comunidad política.² En el fondo esta era una forma de consolidar y darle legitimidad a un orden político ya existente. En este proceso fue muy importante el papel de los intelectuales liberales, en tanto que fueron ellos los encargados de elaborar un discurso nacional que buscaba interpelar a las masas populares. Este discurso fue propalado por diversos medios; por ejemplo, la escuela, la milicia, las celebraciones cívicas y la estatuaría.

La “invención de tradiciones”³ fue un recurso muy usado por los intelectuales del último tercio del siglo XIX para promover la religión cívica entre la población. Eric J. Hobsbawm señala que tres elementos muy importantes y efectivos en la invención de tradiciones son: la educación primaria, el ceremonial público y la producción masiva de monumentos.⁴ De los tres, el menos favorecido por los liberales salvadoreños fue el campo de la educación, dándosele mayor énfasis a los otros dos, lo cual no significa que se ignoraran absolutamente sus potencialidades.

Esfuerzos por promover el culto a los héroes y el patriotismo se venían haciendo desde mediados del siglo XIX. Cuando Gerardo Barrios llegó al poder dispuso realizar —con la debida solemnidad— la inhumación de los restos de Francisco Morazán que estaban en El Salvador desde 1849. Así, entre el 14 y el 17 de septiembre de 1858 se realizaron las ceremonias cívico-religiosas en honor a Morazán. Para entonces sus restos estaban en Cojutepeque, y desde allí fueron trasladados a la capital el día 14. El batallón que los transportaba fue recibido en La Garita con una salva de artillería; el presidente Barrios salió a encontrarlos hasta la iglesia de Concepción, saludándolos con una salva de 21 cañonazos.⁵ Las reliquias de Morazán eran transportadas en un carruaje negro tirado por dos caballos blancos enjaezados de negro, conducido por el Coronel Chica y escoltado por cuatro jefes militares que sirvieron bajo las órdenes del difunto General.

En la Basílica se construyó una pira, en cuyo centro se depositaron las urnas. “Trofeos militares rodeaban el catafalco, en el que lucía el uniforme del Gral. Morazán, su espada de soldado y su bastón de autoridad suprema. El pabellón nacional ocupaba allí un lugar preferente, enrollado y con la corbata de luto conforme a ordenanza”.⁶ Seguramente Barrios guardaba en su memoria las imágenes de ceremonias parecidas que debió haber visto en sus viajes por Europa y, aficionado a la fastuosidad como era, aprovechó esta ocasión para recrearlas. El día 16 la bandera nacional estuvo a media asta y se disparó un cañonazo cada hora. La misa, oficiada por el obispo, tuvo lugar a las nueve de la mañana. El 17, al celebrarse la inhumación en el Cementerio General, el batallón de honor hizo tres descargas y se dejaron oír 21 cañonazos. El redactor de la *Gaceta* expresaba así su admiración: “No sé de que expresión pueda valerme para significar el silencio, la consternación y todo lo que parecía animar aquella lúgubre ceremonia, último testimonio de un pueblo entusiasta, acordado a los restos de su predilecto caudillo.”

No puede negarse que Barrios hizo un buen intento por promover una “religión cívica” en torno a la figura

de Morazán, pero a juzgar por lo que dicen otras fuentes los logros no eran muy halagadores. A mediados de la década de 1870 una nota del *Diario Oficial* dejaba ver que el pueblo se entusiasmaba y participaba más en las fiestas religiosas que en las festividades cívicas, "...tanta es nuestra frialdad en el día que se conmemora nuestra redención política... Todo sobra para el 6 de agosto; para el 15 de septiembre, exceptuando la acción oficial todo falta. ¡Qué contraste tan doloroso a los ojos! Ya es tiempo de que reparemos semejante falta de nuestra parte".⁷ Un mes más tarde, una nota del *Diario Oficial*, volvía a tocar el tema. Tratando de exaltar el patriotismo de los salvadoreños con ocasión del aniversario de la independencia, el editorialista señalaba:

"Cuando los pueblos no saben honrar la memoria de sus próceres; cuando no se rinde culto á la sublime religión del patriotismo; cuando va debilitándose el entusiasmo que produce el recuerdo de los grandes hechos, lo hemos dicho y lo repetimos hoy, esos pueblos están cerca de su decadencia. Habrá hombres, pero no habrá ciudadanos que marchen resueltos á los combates por la libertad."⁸

Hasta 1865, El Salvador usó como bandera nacional la misma de la extinta federación. Sin embargo, ese año el Congreso salvadoreño adoptó otra considerando que era "del todo irregular" que no se contara con una bandera y escudo de armas propios, dado que esto podría conllevar a una falta de identidad. El primer himno nacional fue escrito por don Tomás Muñoz en 1866 y dedicado a Francisco Dueñas. La música fue compuesta por Rafael Orozco, Director de la Banda Militar. Su aceptación oficial apareció en *El Constitucional* del 11 de octubre de 1866 y fue estrenado el 24 de enero del siguiente año.⁹ Sin embargo, cuando los liberales llegaron al poder este himno cayó en desuso. Resulta interesante constatar que los primeros intentos por crear símbolos nacionales fueron realizados por los conservadores. Lo mismo sucedió con otros cambios que tradicionalmente se han atribuido a los liberales. En 1882 se inauguró una estatua del caudillo unionista Francisco Morazán

colocada en la céntrica plaza frente al Teatro Nacional. Esta vez, los alumnos de las escuelas públicas tuvieron destacada participación, cantando el nuevo himno nacional que había sido estrenado tres años antes.¹⁰

Hacia la década de 1880 los gobernantes y los intelectuales salvadoreños eran conscientes de la importancia del ritual cívico como un elemento cohesionador de la sociedad, que puede servir a la vez para promover entre la ciudadanía sentimientos de patriotismo y apego al orden republicano. La importancia que se le daba a tales ceremonias se evidencia en el esmero con que eran preparadas. Sin embargo, la promoción de las festividades cívicas recaía principalmente en las esferas oficiales. Participantes obligados en estas ceremonias eran las milicias y los escolares. No obstante, parte de la población urbana, encontraba en ellas posibilidades de esparcimiento, y quizá en alguna medida se lograba que los participantes se identificaran con los valores cívicos que los liberales pretendían transmitirles. Pero, en lo concerniente al aprovechamiento de estas "tradiciones inventadas" para el afianzamiento de una identidad nacional entre la población, en ningún momento se evidencia que exista una definición inequívoca de la nación salvadoreña, ni aun entre la elite dirigente. Más difícil es establecer el impacto que el discurso nacional pudo tener entre la población, pero fue preciso esperar unas décadas para que miembros de los sectores sociales subalternos como los artesanos y obreros se convirtieran en promotores de la religión cívica, acciones que vendrían a probar que el discurso nacional ya había calado hondamente en ellos.

En la primera década del siglo XX fue tomando fuerza el culto a Gerardo Barrios, al grado de que una estatua suya fue inaugurada en 1910 en el Parque Bolívar, frente al Palacio Nacional. En la mitificación de Barrios tuvieron destacada participación intelectuales, obreros y veteranos que habían peleado en la guerras barristas. Por supuesto las esferas oficiales también estuvieron involucradas, pero la iniciativa provino de los obreros. Como se ve, la "invención de tradiciones" ya era

evidente en el ceremonial cívico salvadoreño, los símbolos patrios y en la estatuaria heroica. Sin embargo, estas carecían de la coherencia necesaria para generar y fortalecer una verdadera conciencia nacional. Hasta las primeras décadas del siglo XX el imaginario nacional salvadoreño estuvo determinado por una idea de nación cívica, en donde las ideas de ciudadanía, libertad y progreso se mezclaban con el ideal de la reunificación de Centroamérica. Aunque el poder estatal ya estaba bastante consolidado y el proyecto nacional oficial había tomado fuerza, aún persistía una añoranza de la unión centroamericana, situación incompatible con un auténtico sentimiento nacionalista, una de cuyas características es el ser marcadamente excluyente de cualquier forma de identidad que pueda minar la lealtad de los individuos hacia su nación. Pero quizá el déficit más notorio en estos esfuerzos por construir una identidad nacional fue la ausencia de un componente cultural diferenciador. A subsanar esa debilidad se dedicarían algunos intelectuales salvadoreños en la década de 1920.

Nacionalismo, historia e invención de tradiciones en la década de 1920

Hasta 1921 la elite dirigente de El Salvador y los obreros y artesanos seguían creyendo en el ideal de la reunificación política de Centroamérica. El decidido apoyo que recibió en El Salvador el proyecto unionista de 1921 demuestra que muchos salvadoreños estaban muy entusiasmados con la posibilidad de reconstruir la Patria Grande. Aunque en un primer momento el gobierno de Carlos Meléndez se mostró cauteloso sobre las motivaciones políticas que podían subyacer en el movimiento unionista, al final se involucró de lleno en él.¹¹

Cuando en marzo de 1923 el Dr. Alfonso Quiñónez-Molina asumió la presidencia de la República, expresó: "En este punto, viene la ocasión de que hable del ideal de la Unión de la América Central, tema antiguo y siempre nuevo y que hace poco pareció que iba a convertirse en hermosa realidad. Lamentable fue el fracaso, y ese

patriótico pensamiento a la hora de ahora no es más que una esperanza, tanto más amada cuanto más lejana.”¹²

Una vez que se evidenció la imposibilidad de consolidar la efímera existencia de la República Tripartita, mínimo producto de gestiones que en un principio pretendían unificar a los cinco Estados, los dirigentes del país tuvieron que asumir el hecho de que de allí en adelante El Salvador debía dejar a un lado el inalcanzable ideal morazánico y esforzarse por fortalecer una identidad nacional que definiera claramente el carácter y la idiosincrasia del ser salvadoreño.

Este esfuerzo se inició entre algunos escritores a finales del segundo decenio del siglo XX, alcanzando su mayor desarrollo hacia 1926, cuando gobierno, prensa e intelectuales se dieron a la tarea de promover por diversos medios un discurso nacionalista que, a diferencia de las elaboraciones anteriores, dejó de lado la tradición unionista y republicana que hasta entonces había sido constante. Esta vez se trató de construir una imagen individualizada de El Salvador, recurriendo a elementos culturales. Para ello se reelaboró la imagen del indio, principalmente por medio del rescate del cacique Atlacatl. Además, el mundo rural se volvió centro de interés, especialmente para la literatura. Bajo el pretexto de proteger al comercio en pequeño se tomaron actitudes discriminatorias para los extranjeros asentados en el país, especialmente los procedentes de Asia y el medio oriente. Lo último dio espacio para que, en algunos sectores, se desarrollaran poses de clara xenofobia. Por otra parte, la creciente presencia del capital extranjero que desplazaba a los nacionales de algunas actividades económicas produjo reacciones de marcado contenido nacionalista.¹³

En 1919 Miguel Angel Espino publicó una obra titulada *Mitología de Cuzcatlán*. La escritora María de Baratta dice, refiriéndose a este hecho: “La tradición y la leyenda fue cantada con un suspiro de poesía autóctona... Espino nos sorprendió con su grito racial.”¹⁴ El crítico literario Luis Gallegos Valdés consideró que esta obra es “una recreación poética y legendaria de antiguos

mitos y leyendas pipiles en la que aboga por un arte indígena".¹⁵ Espino expuso claramente sus objetivos en la introducción de su libro: "Como un grano de arena en la obra de nacionalizar la enseñanza propongo esta *Mitología de Cuzcatlán*".¹⁶ Para lograr tal fin establecía una clara relación entre la literatura y la historia; "porque la literatura de un pueblo, es la historia de ese pueblo. Las costumbres, las ideas en general, la cultura se retratan en ella. De ahí una hermosa verdad: los escritores y los poetas son historiadores... Ese es el porvenir de la literatura lógica y educadora, de tendencias nacionalistas, y el futuro del verso americano."¹⁷ Como se verá más adelante, la redefinición de la historia nacional fue una de las preocupaciones de los intelectuales salvadoreños en este periodo. Por esos mismos años otros intelectuales empezaron a escribir sobre temas campesinos, destacando entre ellos Arturo Ambrogi y Alfredo Espino, quienes produjeron obras literarias cuyo denominador común era la revaloración del pasado indígena, de la vida en el campo y de los atributos que podían definir al salvadoreño.¹⁸

María de Baratta produjo, luego de años de investigación, *Cuzcatlán Típico*. Una obra que puede afirmarse resume las preocupaciones culturales de esos años. La autora define dicho trabajo como "un esfuerzo de acuerdo histórico, para que no sea más profundo el olvido y más lejano el eco." De una vez debe aclararse que Baratta, al igual que Gavidia, trata lo "histórico" con suma flexibilidad. *Cuzcatlán Típico* pretende en principio ser una recopilación etno-musical de las tradiciones indígenas. Sin embargo, el texto transita por sendas más amplias, por las cuales llega incluso a esbozar una sección histórica denominada "Señorío de Cuzcatlán", basada principalmente en obras de Santiago I. Barberena, Brassieur de Bourbourg y Jorge Lardé.

Las investigaciones de Baratta se iniciaron, según ella afirma, en 1924. Viajó a los Estados Unidos en 1926 para profundizar sus estudios del folklore, en 1928 fue a Europa. Para 1930 el Subsecretario de Instrucción Pública, Dr. Sarbelio Navarrete, convocó a un concurso de la "Canción Salvadoreña" y María de Baratta presentó

algunas de las canciones que había recopilado en sus investigaciones con el nombre de "Cuzcatlán Típico". Aunque su trabajo no se ajustaba a las bases del concurso fue muy bien recibido, otorgándosele una "Mención Especial", a la vez que se recomendó su publicación.¹⁹ Según la señora de Baratta, el material se obtuvo "directamente de los intérpretes originales en su ambiente nativo de cada grupo y con la música ejecutada en su propio escenario". Pero, además de estas vivencias rescató tradiciones y sobre todo elaboró una concepción de lo que había sido y lo que era en esos años el indígena salvadoreño. "Para emprender este recuerdo histórico, hemos tenido que tomar muy en cuenta al sector indígena, que es lo más puro y originalmente vernáculo, en música, costumbres, leyendas, etc."²⁰

La revalorización de lo indígena es precisamente una de las principales características de los trabajos de María de Baratta; preocupación que fue compartida por los otros escritores ya mencionados. A diferencia de la visión de los liberales de finales del siglo XIX, que consideraron al indio como un obstáculo al progreso y vieron en el mestizaje la única opción para aceptarlo dentro de la sociedad, esta vez se hacía énfasis en la conservación de lo indígena. Y basándose en esta herencia se buscaron elementos que ayudaran a redefinir los atributos de la nación salvadoreña, que adquiriría así los componentes culturales que los liberales habían rechazado. Anthony Smith, dice que este tipo de iniciativas, se caracterizan por "una creencia en el valor de lo propio, de las experiencias y los recursos internos, contrapuestos a los préstamos y las técnicas llegadas desde el exterior. Es inseparable de la fe en la virilidad y la moralidad nativas, que tanto contrastan con la corrupción foránea y la decadencia cosmopolita."²¹

En unas líneas que bien pudieron ser el manifiesto de un radical grupo nacionalista, que buscaba rescatar (o inventar) sus raíces culturales, rechazando todo aquello que le había sido impuesto, María de Baratta, afirmaba:

“Hay que nacionalizarse en todas las formas posibles: tocando y cantando nuestra música, recitando nuestra poesía, pintando las maravillas de nuestra naturaleza tropical, construyendo nuestros edificios, si no con estilo propio (porque aún no lo tenemos), tengamos el estilo de América, el Maya de Indo-América, o el estilo Indo-Colonial, y enseñemos ante todo a nuestro pueblo a querer lo que es nuestro, a conocernos, a conservarnos.”²²

Ciertamente que la demanda de nacionalizar el país no era una idea exclusiva de la señora de Baratta. En 1926 Juan Ramón Uriarte publicó un libro con un título muy sugestivo: *Cuzcatlanología*. Neologismo que según Uriarte debía designar a una “ciencia” nacida para recoger, catalogar y estudiar el folklore salvadoreño.²³ En uno de sus acápites nominado “Salvadoreñidad y Cuzcatlanología” el autor se dedicaba a discutir los problemas de la nacionalización del país, tarea que consideraba urgente y necesaria.

**“Nacionalizar es individualizar el país, imprimiéndole personalidad y fisonomía por medio del cultivo y supe-
ración de sus caracteres propios. En la nacionalización de El Salvador —nuestro ideal de este siglo— ninguna ciencia contribuye tanto como la Cuzcatlanología, puesto que por ella podemos saber cómo debemos imprimir esa personalidad y esa fisonomía a su individualización que es preciso acentuar debidamente.”**²⁴

En la mente de Uriarte ya no era posible concebir a El Salvador como una “sección disgregada” de la anti-gua nación centroamericana, como fue entendido por los liberales finiseculares. Cuando Uriarte habla de nacionalizar el país pone su énfasis en la individualización; atributo que sería elaborado a partir de aquellos caracteres considerados propios y que llevarían al descubrimiento del “alma nacional salvadoreña”.

En un tono más enérgico que el usado por María de Baratta, Uriarte hizo una reinterpretación de la historia y pretendió borrar el estigma de ignorancia e inferioridad con que se había marcado al indio. La idea, hasta entonces aceptada, de que la conquista había permitido la llegada de la civilización a estas tierras, dejando a los americanos

en deuda con los conquistadores, fue rechazada tajantemente por Uriarte. "Una de las trascendentales revelaciones, verbigracia, que la investigación folklórica hará brotar bizarramente, será la de que la mentalidad del conquistador no era superior a la del conquistado."²⁵ Como una consecuencia de esta afirmación vendría la recuperación de la confianza y la voluntad perdidas.

"Al repetirnos ahora a nosotros mismos y a nuestros hijos, con pruebas fehacientes en la mano, que **no somos inferiores a ninguna nación**, (en varios sentidos, al contrario, somos superiores a muchos pueblos de Europa), se creará, por el mismo poder sugestivo de la herencia, el sentimiento de autoaprecio, de capacidad, de confianza en lo nuestro."²⁶

En abril de 1927, el doctor Victorino Ayala, reconocido catedrático universitario, publicó un artículo en el cual hacía referencia a la obra de Uriarte. "Yo califico de feliz la creación del vocablo Cuzcatlanología para significar el estudio sociológico de nuestra patria... Nada tiene de irregular, conforme a las leyes del lenguaje, que a un sustantivo se le agregue la flexión de logos (logía), para denotar que se trata del estudio o la ciencia de lo que significa el sustantivo... Ya que hay tendencia de hacer obra nacional en varios sentidos, tomemos la oportunidad para considerar todo estudio al efecto, como capítulo o parte de la Cuzcatlanología."²⁷

En realidad, estos no fueron esfuerzos aislados, sino que formaron parte de un programa más amplio, en el cual estuvieron muy involucradas las instancias gubernamentales. En su mensaje a la Asamblea Nacional, el Dr. Quiñónez-Molina decía: "La Secretaría de Instrucción Pública ha editado en sus talleres tipográficos varios números de la importante revista *La Escuela Salvadoreña* y de la *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística*, ambas encomendadas a la ilustración del Profesor don Jorge Lardé."²⁸ *La Escuela Salvadoreña* fue creada para dar a conocer el pensamiento del gobierno en cuanto a Instrucción Pública, su dirección fue encomendada primeramente a Alberto Masferrer, quien renunció a tal cargo, siendo sustituido por Jorge Lardé.²⁹

Quiñónez-Molina y sus colaboradores pusieron especial interés en reorientar el sistema educativo de tal manera que respondiera adecuadamente a sus iniciativas. "Conviene, para mayor claridad y concreción, sustituir la palabra educación nacional por estas otras: *Educación Salvadoreña*. Tal sustitución esclarece todos nuestros problemas educativos, señalando con exactitud el fin y los caminos para llegar a él. ¿Qué es, en último análisis, o cuál debe ser el primero, constante y predominante fin de la Educación Salvadoreña? *Formar salvadoreños para El Salvador*. Nuestro interés, nuestra necesidad y nuestra aspiración debe concretarse a esta sencilla e inmutable finalidad." 30

Este punto se relacionaba con otro, igualmente importante. Se consideraba que una de las causas de la debilidad del patriotismo en El Salvador era la falta de una adecuada educación. "Por sencillo y trivial que esto parezca, ello es que nunca se ha considerado esta doctrina con toda la atención que merece; pues de comprenderse en toda su vital importancia, no estaríamos siempre buscando orientaciones y procedimientos afuera... Y otra prueba convincente de este acerto es que *nuestro patriotismo* tan frágil, parcial y voluble; tan confundido con móviles personales o con aspiraciones de círculo o bandos, ya se habría cambiado en cosa firme, viva, desinteresada y general; si una siquiera de las generaciones existentes hubiera sido educada siguiendo el concepto de lo que llamamos *educación nacional*; es decir, *preparación de los salvadoreños para El Salvador*."³¹ El fortalecimiento del patriotismo popular es tarea muy relacionada con la enseñanza de la historia. Considerando esto, resulta comprensible la propuesta de Manuel Andino, quien precisamente en 1926, pedía que solo se permitiera dar clases de historia a profesores nacidos en El Salvador o nacionalizados salvadoreños. Esta iniciativa fue apoyada por otros importantes intelectuales, entre ellos, Jorge Lardé. Andino señalaba en un extenso artículo:

“En su marcha histórica hay acontecimientos de suficiente valor para exaltar por entero el alma bravía y gentil de la Patria Salvadoreña, y que, empequeñecidos o negados, por historiadores no salvadoreños, no tienen hasta ahora su necesario y luminoso relieve.”³²

Más adelante agregaba: “¿Ha sido dable a nosotros conservar esta visión integral de nuestra Patria? No. ¿Hemos educado a la juventud en el conocimiento cabal de todas esas cosas muy salvadoreñas? No. ¿Hemos procurado cultivar la conciencia nacionalista salvadoreña en su verdadero y perfecto sentido? No.”³³ Seguidamente concluía que El Salvador “debe mantener un encendido credo nacionalista, pues a medida que se afirme en la propia conciencia de sus valores, se irá capacitando para el porvenir.”³⁴

Un año antes se había fundado la “Academia Salvadoreña de la Historia”. Al acto de inauguración asistió el presidente Quiñónez-Molina, el rector de la Universidad y connotados intelectuales. En esa oportunidad Francisco Gavidia dio lectura a su “Panegírico de San Salvador”, obra en la que aparte de dar una semblanza histórica de la ciudad describe magistralmente el paisaje que la rodea.³⁵

El artículo 2 de los estatutos de la Academia de la Historia, señalaba que su objetivo era “ilustrar la Historia de El Salvador; adquirir y conservar documentos y materiales históricos y estudiar y proteger los monumentos nacionales.”³⁶ Como una continuación de estos esfuerzos, el 11 de noviembre de 1928 se fundó el Departamento de Historia “encomendándole amplias atribuciones para investigar y dar a conocer *la vida nacional de todas las épocas* y en los diversos ramos de la civilización y la cultura.”³⁷ La labor de esta institución se orientó más hacia la investigación arqueológica. En julio de 1929, publicó un informe sobre estudios realizados en las ruinas de Sihuatán, el que fue ampliado en diciembre del mismo año. Igualmente se hicieron investigaciones en Ishuatán y Quelepa. En 1930 Jacinto Pairedes, decía al respecto: “Empeño inaudito de nuestro

Departamento de Historia ha sido el de **reconstruir, en forma científica, todos los monumentos arqueológicos, que hablándonos del pasado nos sirvan para edificar nuestra historia nacional.**³⁸

El aporte de la arqueología a la construcción de las identidades nacionales en las primeras décadas del siglo XX fue muy significativo. Favre señala que en México, pero también en otros países de América se recurrió a ella para “rescatar” el pasado indígena. Destaca como las ruinas fueron “reconstruidas — más que restauradas — por el Estado que las integra al patrimonio nacional e invita al pueblo a contemplarse en el espejo de su grandeza. Los resultados de las búsquedas de las que son objeto circulan más allá de las aulas académicas, adquiriendo una significación política y cargándose de un contenido ideológico.”³⁹ Al respecto resulta interesante considerar el titular del periódico *La Prensa* dando cuenta de las exploraciones arqueológicas realizadas en la zona de Aguilares: “La pirámide de Cihuatán es más grande que las de México.”⁴⁰ Semejante afirmación da una idea del tamaño del entusiasmo de los nacionalistas salvadoreños.

La arqueología tuvo un papel en ese proceso de redefinición del discurso nacionalista en esos años, pero fue la historia la que estuvo en el centro del debate. Muy importante para entender la forma como iba cambiando la concepción de la historia salvadoreña es una polémica que se dio entre historiadores e intelectuales de la época sobre la verdadera fecha de la independencia y el significado que para los salvadoreños deberían tener estas efemérides. Hacia 1920, precisamente cuando las autoridades salvadoreñas se aprestaban a iniciar las celebraciones del centenario de la independencia, el doctor Alberto Luna publicó en el *Diario Latino* un artículo en el que pretendía demostrar que tal celebración era un error ya que, según él, la independencia no fue verdaderamente proclamada el 15 de septiembre de 1821. Aunque en un primer momento esta afirmación pasó inadvertida, en junio de 1923, el doctor Manuel Castro Ramírez apoyó la tesis de Luna, basándose en un documento suscrito por

Gabino Gaínza, que según la interpretación de Castro Ramírez, dejaba en claro que el acta del 15 de septiembre de 1821 no declaraba en forma definitiva la independencia de Centroamérica.

Entre febrero y mayo de 1926, Jorge Lardé publicó otros artículos en los que sostenía que “la verdadera y definitiva proclamación de la independencia de Centroamérica es el 1 de julio de 1823”, cuando después de finalizada la lucha contra Iturbide, se reunió en Guatemala un Congreso Nacional Constituyente, el cual declaró que las Provincias Unidas del Centro de América eran “libres e independientes de la antigua España, de México y cualquier otra potencia”. En febrero de 1926 Lardé escribía: “Después de los importantes y cuidadosos trabajos que han publicado nuestros historiadores patrios, resulta casi una necedad el que se continúe celebrando el 15 de septiembre como la fecha magna del Período de la Independencia... ¿Y puede haber mayor necedad o inconciencia o falta de criterio o de patriotismo que celebrar el 15 de septiembre, y pasar en silencio el 11 de enero y cerrar los ojos ante el hecho magno del 1° de julio, que cierra el Período de la Independencia de Centro América?”

⁴¹ En junio de 1926, Sarbelio Navarrete se sumó al debate, para combatir las ideas de Lardé, las cuales consideraba exageradas.

Varios periódicos publicaron los artículos en los cuales se discutía este asunto, pero no se llegó a ningún acuerdo. No obstante, el debate permitió la reinterpretación del significado que tradicionalmente se había atribuido a las efemérides patrias y ayudó a fortalecer el culto a los próceres magnificando sus luchas independentistas. Don Jorge Lardé no dudó en afirmar: “¿No sería conveniente aprovechar esas fechas históricas y esas rectificaciones que se imponen ya, sobre hechos que son timbre de gloria para El Salvador, aprovecharlas, decimos, para exaltar y hacer consciente en las masas el sentimiento patrio?”⁴²

Como resultado de este debate la Asamblea Nacional Legislativa emitió un decreto en febrero de 1927, en el cual se oficializaba el 1 de julio como fiesta nacional.

El primer considerando, decía: “Que la antigua provincia de San Salvador, que dio origen a la nacionalidad salvadoreña, fue la que inició, en Centro América, la lucha por la independencia, en las jornadas de 1811 y 1814.” El tercero afirmaba: “Que fue la misma provincia la que proclamó la independencia el 14 de septiembre de 1821, declarada también el día siguiente, en Guatemala, por los representantes de esta provincia y de los demás pueblos de la Capitanía General.” Nótese como se trata de enfatizar la precocidad de San Salvador en los primeros movimientos independentistas, pero sobre todo la forma como se adelantó a proclamar la emancipación un día antes de que se hiciera en Guatemala. Otro considerando, afirmaba: “fue la guerra de El Salvador, en 1822 y 1823, contra el imperio de Iturbide, la que determinó el triunfo de la independencia absoluta y de los derechos republicanos en estos países.” Para concluir: “todos esos esfuerzos de El Salvador fueron coronados con el triunfo de sus ideales, el 1° de julio de 1823, fecha en que empezó la vida legal de los pueblos hermanos de Centro América, como libres y soberanos.” Después de tales afirmaciones se decretó:

“Declárase día de fiesta nacional el 1° de julio de cada año, en conmemoración del aniversario de aquella efeméride gloriosa en que, la Asamblea Nacional Constituyente de los pueblos centroamericanos, reconoció, confirmó y enalteció los esfuerzos de El Salvador por la soberanía e independencia de Centro América.”⁴³

El artículo 2 del referido decreto disponía encargar al Poder Ejecutivo, “para que disponga lo conveniente, a fin de inculcar en el alma nacional las enseñanzas históricas que, de tal suceso, se desprenden”. Obviamente que al decir “el alma nacional”, se hacía referencia a los niños y se pensaba en la escuela como la encargada de cumplir tal cometido. Todo el decreto resalta el papel protagónico de los salvadoreños en la gesta emancipadora. Un exaltado artículo publicado en *El Salvadoreño* manifestaba que este acto hacía a la Asamblea “digna del aplauso cordial de todos los salvadoreños” por haber

decretado esa fiesta nacional, “en conmemoración de aquel 1° de julio glorioso en que empezó la vida legal independiente de nuestra América Central... El decreto en cuestión es un compendio de la Historia patria en el período de la Revolución (1808-1823), de aquella revolución que decidió el cambio profundo en nuestra historia nacional.”⁴⁴ Las demandas de Uriarte para la “individualización” de El Salvador se estaban logrando.

Un detalle interesante es que entre 1923 y 1927, el gobierno de Quiñónez-Molina construyó trece edificios escolares y cuatro salas de lectura, a los cuales se dio el nombre de ilustres salvadoreños. En julio de 1924 Arturo Ambrogi, entonces Director de la Biblioteca Nacional, pronunció un discurso en ocasión de inaugurarse el kiosco de lectura del Parque Barrios. Ambrogi destacaba que, en el diseño de Augusto C. Baratta, “se reavivan graciosamente las líneas arquitectónicas de nuestros antepasados indígenas”.⁴⁵ El nombre escogido para dicha obra fue el de Miguel Álvarez Castro, nacido en San Miguel a finales del siglo XVIII y que llegó a ocupar la Secretaría de Estado de la Federación.⁴⁶

En el acto de inauguración de la sala de lectura del campo de juegos “General Ramón Belloso”, Jorge Lardé dijo que el nombre de esas instalaciones deportivas evidenciaba “el cuidado que ha tenido el Ministerio de Instrucción Pública de grabar en los edificios escolares y otros centros educativos los nombres de los próceres salvadoreños, los de los grandes hombres nuestros que sembraron la virtud o el saber en los hijos de nuestro suelo patrio.”⁴⁷ Precisamente la sala de lectura que se inauguraba fue nominada “Juan de Dios del Cid”. Lardé manifestó que el Ministerio de Instrucción Pública le había encargado “hacer un ligero bosquejo de ese ilustre salvadoreño que nació y vivió hace más de tres siglos en esta mi ciudad natal y cuyo nombre ha dado el Ministerio al modesto templo de cultura nacional que hoy se inaugura”. Explicaba que del Cid fabricó en San Salvador la primera imprenta hecha en América, “en ella vió (sic) la luz ‘El Puntero’ en 1647, antes de que hubieran traído la primera imprenta al Reino de Guatemala”.⁴⁸

Lardé cerró su discurso, reafirmando que aquel acto era “un tributo al salvadoreño más ilustre del periodo colonial, que sirvió de ejemplo a nuestros antepasados, que contribuyó a forjar el alma de este pueblo y que debe servir de ejemplo, de vigor y constancia y de otras virtudes a las nuevas generaciones”.⁴⁹ Nótese como Lardé insiste en mostrar a del Cid como “un salvadoreño” aunque, como historiador que era, debió ser consciente de que corría el riesgo de caer en un anacronismo, pues es obvio que en tiempos de la colonia aún no existía El Salvador. Sin embargo, esas libertades eran justificables ya que de ese modo se reafirmaba la antigüedad de la nación salvadoreña antecediendo al Estado. Además, se contribuía a probar, como demandaba Uriarte, que el salvadoreño no era inferior al extranjero y de esta manera a crear sentimientos de estima-ción y confianza en lo propio.⁵⁰

Carlos Urrutia señala como hacia 1924 se recurrió al correo para hacer propaganda nacionalista. “Se tuvo el patriótico propósito de hacer grabar en los timbres postales: para los de mayor circulación en el país, motivos patrióticos salvadoreños; para los que se usan en el franqueo de la correspondencia dirigida al exterior, asuntos que sirvan a la propaganda nacional y para los de menor circulación, paisajes y bellezas naturales del país.”⁵¹ Entre dichas ilustraciones aparecen: “Sello postal de a cinco centavos, color gris, reproducción exacta de la primera conspiración de la Independencia Centroamericana, en 1811, por los padres de la Patria Salvadoreña. Sello de a diez centavos, color anaranjado, con el mapa de Centro América, haciendo resaltar el territorio salvadoreño, a fin de que en el extranjero se conozca objetivamente la posición geográfica de nuestro país que se confunde con otros lugares. Sello de un colón, colores azul y verde, reproducción del escudo nacional, pues en muchos países del extranjero sólo se conoce el antiguo.”⁵² Urrutia agrega: “Otro medio de que se ha servido el patriotismo salvadoreño para hacer propaganda por medio del Correo, ha sido grabar inscripciones en los amortizadores.” Las inscripciones usadas eran: “*Only*

*El Salvador Central America produces the wrongly (sic) called peruvian balsam” y “Use salvador coffee it is best grown”.*⁵³

En la década de 1920 distintas disciplinas confluieron en el esfuerzo de redefinir el sentido de identidad nacional en El Salvador. La nación cívica, promovida por los liberales finiseculares, fue ampliada con elementos culturales, sin que por ello el civismo se dejara totalmente de lado. El debate en torno a la verdadera fecha de la independencia y su significado lo demuestran. Pero, quizá la parte más interesante es la que se refiere al legado indígena. La arqueología se preocupó por investigar y recuperar los monumentos precolombinos, hasta entonces ignorados. Aunque podría argumentarse que estas iniciativas estaban interesadas por un indio muerto, lo cierto es que de algún modo, también hubo quienes se interesaron por el indio vivo, tal es el caso de María de Baratta, Espino, Salarrué y otros. Desde sus respectivos campos la arqueología, la etnología, la historia y la literatura trabajaron el problema de la herencia indígena y su importancia para construir la identidad nacional salvadoreña.

Atlatl: la invención de un símbolo identitario nacional

Parte importante en los esfuerzos realizados en la década de 1920 por construir una identidad nacional fue la reelaboración de la imagen de Atlatl, el mítico caci-que indígena. Atlatl fue motivo de inspiración para diferentes manifestaciones artísticas tales como la literatura, la escultura, la pintura o la música. Sin embargo, no todas lograron ser aceptadas con igual éxito. De todas ellas fue en la literatura donde mejor se construyó su imagen heroica.⁵⁴ Entre uno de los sellos postales aludidos por Urrutia figuraba uno “de a tres centavos, color chocolate, representando la efigie de Atlatl, el señor de Cuzcatlán.”⁵⁵ Dicho sello dio lugar a algunas críticas. Carlos A. Imery consideró que no era correcto que Atlatl apareciera sosteniendo en la diestra un arco y una

flecha y en el brazo izquierdo un escudo. Según Imery el escudo, por ser arma defensiva, solo podía ser combinado con una lanza.

Esta observación podrá parecer intrascendente, lo significativo es la respuesta dada por Juan Ramón Uriarte: "La figura no está representando al cacique en combate, como lo cree el señor Imery, sino simplemente dando una idea de un tipo autóctono, con sus arreos militares y su prestancia señorial." Para darle más peso a su defensa agregaba que el diseño fue elaborado bajo la "competísima dirección" del rector de la Universidad Nacional, doctor Víctor Jerez.⁵⁶ En realidad lo que se pretendía era crear la imagen visual de una leyenda que de algún modo pudiera tomarse como un elemento constitutivo de la identidad nacional, sin cuidarse demasiado del rigor histórico.

En la década de 1920 se elaboraron dos monumentos a Atlacatl. El más conocido de ellos es la estatua de bronce hecha por Valentín Estrada, quien tuvo la suerte de haber sido becado a Madrid para estudiar dibujo y pintura durante cinco años, pero terminó estudiando escultura. En sus memorias Estrada afirma que fue en España donde concibió la realización de la que después llegó a ser conocida como la estatua de Atlacatl. "En los últimos años en el taller de la Guindalera, empecé a darle forma a la idea de hacer la escultura del indio Atlacatl, que en ese entonces no tenía nombre, sino que era mi propia imagen, ya que a través de un espejo, yo mismo me modelaba. Era la expresión de un indio americano, que desea volver a su patria y a su tierra, y es así que lo pongo en actitud de vigilia."⁵⁷ La estatua fue fundida en bronce y sacada de España por vía diplomática, llegando a El Salvador en 1928. "Mi trabajo escultórico del indio americano, o mejor dicho, mi autorretrato que había llegado algunos meses antes pasaba desapercibido, aunque ya tenía un nombre. Los historiadores lo habían bautizado como ATLACATL, que fue adquirida por el gobierno por medio de un decreto de la Asamblea, y es así cómo queda asentada, considerado patrimonio nacional, como representante de la escultura y la nacionalidad salvadoreña."⁵⁸

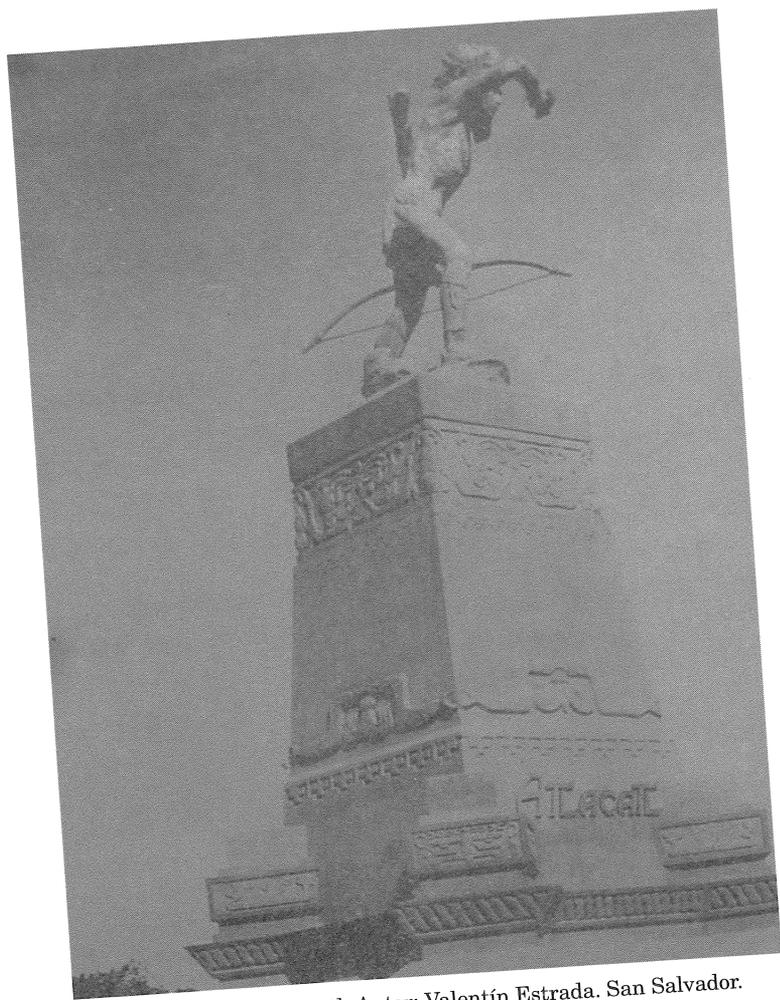


Fig. 1. Estatua de Atlatl. Autor: Valentín Estrada. San Salvador.

Al parecer los promotores de ese decreto no se preocuparon mucho por el hecho de que la escultura no hubiera sido concebida con la idea de representar a un mítico cacique, cuya existencia real no podía ser confirmada. Lo que ellos buscaban era algo que “representara” la nacionalidad salvadoreña y la obra de Estrada encajaba perfectamente en esa búsqueda, sin importarles detalles más o menos intrascendentes. Si bien la decisión de

convertir la escultura de Estrada en símbolo de la nacionalidad salvadoreña puede parecer poco seria, esta no fue más que un paso entre otros, que condujeron a la "invención visual" de Atlacatl, tarea en la cual el propio Estrada fue utilizado. Aunque esto sucedió unos años después merece ser considerado.

El Salvador no era un lugar propicio para que el joven escultor tuviera mayor demanda, y Estrada pasó un tiempo sin encontrar suficiente trabajo. "Lo único positivo y estimulante, como dije, era la aceptación de mi escultura Atlacatl como patrimonio nacional; esto lo apoyaban asegurándolo los historiadores y el Estado."⁵⁹ Curiosamente fue precisamente la Iglesia, y después del levantamiento de 1932, la que lo contrató para elaborar imágenes religiosas. "Me hago cargo de muchos trabajos escultóricos, desde cuerpos enteros, bustos hasta medallones... así como una cantidad de pequeñas imágenes para iglesias de pueblos, todos encargados por la curia."⁶⁰ Esta demanda de imágenes religiosas pudo estar relacionada con la vigorosa campaña de evangelización emprendida por la Iglesia católica inmediatamente después de la insurrección, según ella para contrarrestar la maléfica influencia del comunismo.⁶¹

Pocos años después, bajo el régimen del general Maximiliano Hernández Martínez, se trató de estimular nuevamente el culto a Atlacatl y otra vez se recurrió a Estrada. "En eso llega una comisión de la Alcaldía de San Salvador y me proponen tomar parte de un desfile en una carroza, vestido de indio Atlacatl. La idea era que se quería insistir en la promoción, digamos, de la leyenda del gran guerrero... Me agradó la idea, y gustosamente me disfracé de 'indio Atlacatl'. Me aplaudieron mucho, y la gente de la Alcaldía quedó tan contenta que me mandaron a otro desfile que se realizó en Guatemala, y fui como mensajero de nuestra identidad nacional."⁶²

Fue de esta forma como la espontánea idea de aquel joven de hacer una escultura para la cual modeló, vino a convertirse en la tan buscada representación visual del legendario cacique cuzcatleco. Para

entender la actitud de quienes decidieron hacer de la escultura elaborada por Estrada, la representación del mítico cacique y, por ende, de la llamada raza cuzcatleca, es preciso considerar lo sucedido en 1926, cuando se erigió el primer monumento a Atlacatl. Ese año, conmemorando el 115° aniversario del Primer Grito de Independencia, se decidió adornar la fachada principal del Palacio Nacional con una escultura. Para ello se mandó a elaborar un medallón de bronce con la efigie de Atlacatl, que fue colocado en el tímpano del portón oriental de dicho edificio, en donde aún se encuentra.⁶³ El *Diario Oficial* en su sección editorial dio cuenta del acto. "Selecta concurrencia llenaba los asientos del palco presidencial, y las avenidas y calles del Parque Bolívar veíanse colmadas de gente." El poeta Carlos Bustamante leyó un poema "en que, de manera inspirada y galana celébranse las proezas y virtudes del inmortal cacique."⁶⁴ Una discreta nota del *Diario del Salvador* aclara que dicho poema se titulaba "El Atlacátlida".⁶⁵

A diferencia de la solemnidad y magnificencia que hubo cuando se inauguró la estatua ecuestre de Gerardo Barrios, esta vez el acto fue más bien intrascendente y dio lugar a duras críticas, que a la vez se relacionaban con la polémica originada por la campaña nacionalista que por esos días se llevaba a cabo en algunos medios de prensa. Uno de los colaboradores del *Diario del Salvador* escribió un irónico artículo al respecto: "En medio de las entusiastas aclamaciones y exclamaciones de una inmensa muchedumbre, compuesta de catorce personas y cuatro mil almas y con acompañamiento de chirimías y atabales, fue ayer desnudada la efigie de mi queridísimo abuelo don Atlacatl Martínez". Más adelante hacía una irreverente descripción del medallón, que fue la que provocó la polémica consiguiente.

"En la cabeza donde todos tenemos la coronilla, Atlacatl tiene dos plumitas que le dan mucha gracia. El señor de Cuzcatlán, no sé si por un descuido muy perdonable o por coquetería, se olvidó de sumir las costillas cuando lo retrataron, por lo que salió con cierto aire de capotera o de maestro de escuela... El busto

del simpático cacique descansa sobre una sarta de bolas y bolitas que no sabré decir si son chorizos o huevos de iguana. Sobre la cabeza del indio guerrero se destaca un signo cabalístico... Supongo, aunque no lo garantizo, pues entiendo poco de Atlacatología, que será el ojo de la providencia espiándolo detrás de una cortina.”⁶⁶

Este artículo provocó la reacción de *El Salvadoreño*, periódico que en los meses anteriores había mantenido una pugna con el *Diario del Salvador* por cuestiones nacionalistas y que había publicado regularmente artículos sobre el cacique. El primero consideró que el referido artículo era una burla, no solo para Atlacatl, sino para los salvadoreños y sus sentimientos patrióticos.⁶⁷ La nota aclaratoria que siguió al señalamiento de *El Salvadoreño*, detallaba cuáles eran las razones del rechazo a dicho monumento:

“No me burlo del símbolo de una raza, que es la mía. Critico, con razón, y creo que conmigo miles de salvadoreños, a quienes concibieron, modelaron y fundieron ese espantoso armatoste, sin tener siquiera, nociones de perspectiva; armatoste que todo puede ser, menos el símbolo de una raza, y de una raza altiva y noble: la raza cuzcatleca... Ignoro si Atlacatl existió; pero si de él quiere hacerse el símbolo de una raza, erijámosle un monumento digno de la idea, y no lo pongamos y nos pongamos en ridículo.”⁶⁸

En realidad esta no fue la única muestra de rechazo a tal obra; incluso antes de que fuera colocada en el Palacio ya habían surgido algunas críticas. En el mes de septiembre apareció en el *Diario Latino* una carta escrita por el señor Imery, quien desde 1912 había sido nombrado Conservador de Monumentos Nacionales (ad honorem), y dirigida a Juan Ramón Uriarte, Director de Correos. En ella refiere que recibió una nota del Director de Obras Públicas, quien pedía le indicara la mejor manera de colocar el medallón de Atlacatl. “Habiéndome constituido en el lugar donde se encuentra dicho medallón, quedeme extremadamente sorprendido al ver una figura grotescamente modelada y de tan pésimo gusto estético”. Agregaba que consideraba un deber

patriótico gestionar ante las autoridades “para que esa obra anti-artística no sea colocada en el tímpano del Palacio Nacional, ni en parte alguna de él, para evitar que el observador se forme una mala impresión de nuestra cultura artística.”⁶⁹ Uriarte contestó a las críticas, señalando que en el arte el realismo era algo relativo y que los ejecutores del busto habían hecho un buen esfuerzo, sobretodo considerando que carecían de recursos técnicos avanzados. Por ultimo agregaba: “Cuando el modelo no existe sino en la imaginación creadora del artista, como en el caso que nos ocupa, las esculturas tienen que ser esencialmente simbólicas.”⁷⁰ Con tales antecedentes es comprensible la premura con que se procedió, pocos años después, a designar la estatua elaborada por Valentín Estrada como la representación de Atlacatl. Esta era mucho más aceptable que el medallón del primer intento. Así lo entendieron quienes decidieron colocarla al final de la entonces distinguida Avenida Independencia, entre la terminal del ferrocarril y la fábrica de cervezas.

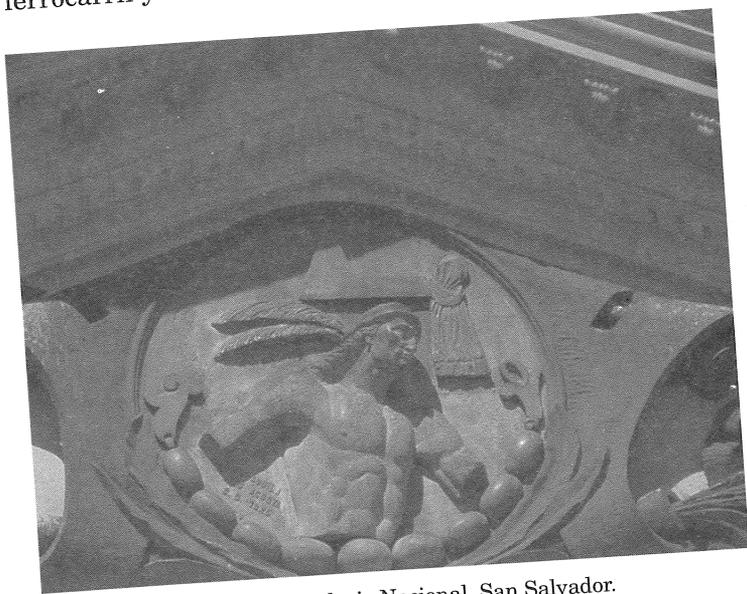


Fig. 2. Busto de Atlacatl. Palacio Nacional. San Salvador.

Tal y como afirma Estrada, los historiadores jugaron un papel importante en la construcción del mito del cacique indígena hasta elevarlo a la categoría de héroe nacional. En 1925, Jorge Lardé, uno de los más prestigiosos intelectuales de la época, publicó en *El Salvador* un artículo sobre la conquista española en las tierras de Cuzcatlán. Citando el *Memorial Cakchikel* afirma: "El (día) 3 Venado, Atlacatl con otros señores fue matado por los castellanos. El día 3 Venado corresponde precisamente al día 18 de junio de 1524 del calendario juliano usado entonces." ⁷¹ Los vejámenes sufridos a manos de los españoles encendieron el coraje de la población indígena. "Atlacatl, el joven, —o como se llame el nuevo jefe,— preparó la resistencia heroica que imprimió un sello particular, un carácter privilegiado a la provincia de San Salvador."⁷² Nótese como desde un principio la existencia del legendario héroe aparece marcada por la incertidumbre histórica. No obstante, un año después, Lardé publicó otro artículo en el cual afirmaba sin duda alguna: "Atlacatl representa en el pueblo salvadoreño, algo así como el soldado desconocido, el sostén de la Independencia, la resistencia heroica al conquistador extranjero."⁷³

Cuando el 5 de noviembre de 1926, aniversario del Primer Grito de Independencia de 1811, se inauguró el busto de Atlacatl, Lardé escribió el discurso oficial; pero por encontrarse enfermo su pieza oratoria fue leída por don Dionisio Merlos. Lardé se remontó hasta los días de la llegada de las huestes conquistadoras a tierras cuzcatlecas y narró la lucha de los aborígenes contra los invasores y el supuesto asesinato de Atlacatl "el viejo". Aquí inicia la gesta libertaria del héroe: "El joven Atlacatl llevó a su pueblo a la sierra de los Texcuangos, hacia Panchimalco y Huizúcar y organizó la resistencia: ¡Libertad o muerte!" Citando las cartas de relación de Alvarado, Lardé resalta la tenaz resistencia de los indígenas. "Después de diecisiete días de lucha con las fuerzas del joven Atlacatl, se vio precisado a cambiar de resolución, decidiendo regresar e ir a pasar el invierno a Guatemala."⁷⁴

Lardé no aclaró la forma como murió el cacique, pero haciendo un hábil malabarismo histórico, logró relacionar su gesta con la efeméride que se celebraba: "Atlacatl había muerto y con él la independencia. Los héroes indianos habían perecido, las indias más hermosas y robustas habían pasado al hidalgo conquistador." Sin embargo:

"... las madres cuzcatlecas recordaban a sus hijos el heroísmo del último Atlacatl e infundían en sus pechos la energía del trabajo y el amor a la independencia. Y sus hijos en San Salvador Cuzcatlán, el 5 de noviembre de 1811, gritaron; ¡Independencia! y la obtuvieron después de doce años de esfuerzos y de luchas!"⁷⁵

El discurso de Lardé remonta la nación salvadoreña al más remoto pasado y otorga a la independencia un nuevo significado: De un plumazo, los próceres salvadoreños — la mayor parte de ellos miembros de la orgullosa elite criolla — fueron convertidos en descendientes del legendario Atlacatl, y no hacen sino devolver a los cuzcatlecos la libertad perdida, en defensa de la cual murió el cacique. De este modo Atlacatl llegó a ser figura cimera del panteón de héroes nacionales de El Salvador. Unos años más tarde, Juan Ramón Uriarte, en un discurso pronunciado ante la estatua del cacique, decía: "Antes de Atlacatl, nuestros anales prealvaristas no tienen fulgor histórico. Con él, Cuzcatlán se adelanta a tocar bizarramente las pesadas puertas de bronce de la Historia para que permitan la entrada triunfal de El Salvador con ella. Los hechos de Atlacatl no necesitan de exegética probanza. Lo que él hizo, sólo él pudo realizarlo. Su hazaña es de héroe."⁷⁶

A manera de epílogo

La década de 1920 resulta un periodo muy interesante para estudiar la evolución del nacionalismo en El Salvador. Aunque ya en el último tercio del siglo XIX se habían hecho esfuerzos orientados a la creación y fortalecimiento de la identidad nacional, tales iniciativas

estuvieron orientadas preferentemente al culto cívico y en una perspectiva republicana. A pesar de que las celebraciones de las efemérides patrias reunían a considerables multitudes, lo cierto es que los salvadoreños no tenían claramente definido un sentido de identidad nacional; prueba de ello es el entusiasmo con que apoyaron el proyecto de reunificación centroamericana de 1921.

La constatación de esta debilidad en la identidad nacional, llevó a importantes intelectuales y funcionarios estatales a interesarse sobremedida en la promoción y fortalecimiento del nacionalismo salvadoreño. A diferencia de los liberales finiseculares, dieron mayor importancia a los elementos culturales, destacando especialmente la herencia indígena y tratando de individualizar a la nación salvadoreña. Este fue un periodo marcado por una producción intelectual de nuevo tipo, en la que se trató de dotar a la comunidad política de un bagaje cultural que antes no había tenido. Para ello recurrieron a diferentes medios: la prensa, la escuela, la historia, la estatuaría, etc. Parte importante de esos esfuerzos fue el redescubrimiento del cacique Atlacatl, quien fue elevado a la categoría de héroe nacional. Hubo toda una revalorización de la herencia indígena, que fue vista como la parte más pura y propia de la cultura salvadoreña.

Sin embargo, para entonces la dinámica social y política había cambiado y, por diversas circunstancias, estas iniciativas no tuvieron el impacto que sus promotores esperaban. Si bien es cierto que los artesanos seguían siendo fieles a los ideales liberales, su importancia social y numérica había decaído. Por el contrario, los obreros habían aumentado, pero a pesar de que antes habían sido muy receptivos a las interpelaciones de los liberales, poco a poco fueron adquiriendo autonomía ideológica. En este proceso fue muy importante la labor de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), fundada en 1924, que rápidamente aglutinó a las masas trabajadoras urbanas; fue bajo su dirección que los trabajadores rurales se organizaron y tuvieron la capacidad de retar a los grupos dominantes, especialmente los cafetaleros.

A pesar de que la campaña nacionalista de 1920 fue un esfuerzo muy elaborado no logró superar los obstáculos que enfrentó. Estas dificultades estuvieron muy relacionadas con los cambios ocurridos en la sociedad y las debilidades del sistema educativo y otros mecanismos de integración social, especialmente en el campo. En el medio urbano el crecimiento y radicalización de la FRTS privó al proyecto nacionalista de una audiencia que lo fortaleciera y expandiera, dándole una base popular. La "Regional" nunca se interesó en el nacionalismo. Entre sus militantes la identidad de clase predominaba sobre la identidad nacional.⁷⁷

La situación se complicó sobremanera después del levantamiento de 1932, en el cual los principales protagonistas fueron los indígenas. Uno de los mayores problemas que los ideólogos oficiales debieron enfrentar después de 1932 fue cómo reincorporar a los indígenas —principales protagonistas del levantamiento— al seno de la nación sin que esto implicara eximirlos de "culpa-bilidad" y sin reconocer la responsabilidad que la clase dirigente tuvo en tales hechos y, fortaleciendo a la vez el anticomunismo.⁷⁸

Notas

1. El autor desea agradecer al doctor Víctor Hugo Acuña, por sus orientaciones en la realización de este trabajo.
2. Una postura parecida, aplicada a nivel centroamericano, es adoptada por Víctor Hugo Acuña, apoyándose en Miroslav Hroch, Ernest Gellner y Eric J. Hobsbawm. Acuña, dice al respecto: "Bajo el programa liberal de construcción de la identidad nacional, crecientes grupos de personas llegaron a sentirse guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, nicaragüenses y costarricenses. Dentro de las clases populares, los primeros en adoptar este tipo de definiciones de identidad fueron los obreros y los artesanos." Víctor Hugo Acuña. "Nación y clase obrera en Centroamérica durante la época liberal (1870-1930)." En: Iván Molina y Steven Palmer (Eds.), *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: Editorial Porvenir y Plumsock Mesoamerican Studies, 1994, p. 149. Ver, además: Hroch, Miroslav. "From national movement to the fully-fledged nation:

- The nation-building process in Europe." *New left review*, N° 198, march-april, 1993, págs. 3-20; Ídem. *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985; Eric Hobsbawm. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Editorial Crítica, 1991, p. 20; Ernest Gellner. *Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1988 y Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México, Fondo de cultura económica, 1993.
3. Eric J. Hobsbawm. "Inventando tradiciones." En: *Historias*, México, N° 19, octubre-marzo de 1988.
 4. Eric J. Hobsbawm. "Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914." En: E. J. Hobsbawm y Terence Ranger. (editores). *The invention of tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989, p. 271. Hobsbawm señala que en Francia la educación, impregnada con principios republicanos y revolucionarios, llegó a ser el equivalente secular de la Iglesia.
 5. *Gaceta del Salvador*, 11 de septiembre de 1858. Tomado de: Miguel Ángel García. *Diccionario histórico-enciclopédico de la República de El Salvador*, San Salvador, Imprenta Nacional, 1954, Tomo 3, pp. 16-17.
 6. *Gaceta de El Salvador*, 18 de septiembre de 1858. Ídem. p. 21.
 7. Fiesta del Salvador en 1875. *Diario Oficial*, 15 de agosto de 1875. Reproducido en Miguel Ángel García. *Diccionario Histórico-enciclopédico de la República de El Salvador*. San Salvador, Imprenta Nacional, Tomo II, 1954, pp. 451-452.
 8. Entusiasmo patriótico. *Diario Oficial*, 14 de septiembre de 1875, p. 1.
 9. Jorge Lardé y Larín. *Himnología nacional de El Salvador*, San Salvador, Ministerio del Interior, 1954, pp. 11-17.
 10. Carlos Gregorio López Bernal, "Inventando héroes y tradiciones nacionales: El Salvador (1858-1930)." En: *Revista Historia de América*, IPGH, N° 127, diciembre de 2000.
 11. Más detalles sobre este movimiento aparecen en Carlos Gregorio López Bernal, "El proyecto liberal de la nación en El Salvador (1876-1932)," Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998, cap. 3.

12. Manifiesto del Dr. Quiñónez Molina al hacerse cargo de la presidencia de la República el 1 de marzo de 1923. En: Manuel Andino. *La obra del gobierno del doctor Quiñónez-Molina (1923-1927)*, Tomo 1. San Salvador, 1927, p. 53.
13. Un estudio mas detallado de estas cuestiones se encuentra en Carlos Gregorio López Bernal. *Op. Cit.*, cap. 3.
14. María de Baratta, *Cuzcatlán típico*. Vol. 1. San Salvador, Ministerio de Cultura, 1951, p. 9.
15. Luis Gallegos Valdés, *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador, UCA Editores, 4ª edición, 1996, p. 186.
16. Miguel Ángel Espino. *Prosas Escogidas. Mitología de Cuzcatlán y Cómo Cantan Allá*. San Salvador, UCA Editores, 1976, p. 19.
17. *Ídem.*, pp. 15 y 16.
18. "La patria, en poesía y en prosa, fue tomando forma en los escritos de Alfredo Espino, de Miguel Ángel Espino y de Arturo Ambrogí. A través de su lectura, varias generaciones de salvadoreños sintieron su patria, se identificaron con sus gentes y sus costumbres y se comenzaron a interesar en sus problemas." *Historia de El Salvador*. Tomo II Ministerio de Educación, 1994, p. 105.
19. Los trabajos ganadores del concurso fueron: "Romance cuzcatleco" de Carlos Bustamante, "Sentimiento pipil" de Daniel García y "La siguanaba" de Domingo Santos y Alfonso Espino. *La Prensa*, 29 de noviembre de 1930.
20. María de Baratta. *Op. Cit.*, p. 5.
21. Anthony D. Smith. "Tres conceptos de nación." *Revista de Occidente*, Madrid, N° 162, noviembre de 1994, p. 12.
22. María de Baratta. *Op. Cit.*, p. 6. Nótese como las expresiones culturales precolombinas y españolas que antes fueron rechazadas esta vez son consideradas como elementos claves para construir una imagen nacional. Sobre los modelos culturales de finales del siglo XIX e inicios del XX en El Salvador, véase: E. Bradford Burns. "La infraestructura intelectual de la modernización en El Salvador (1870-1900)". En: Luis René Cáceres (editor), *Lecturas de Historia de Centroamérica*. San José, BCIE-EDUCA, 1ª edición, 1989.

23. "La Cuzcatlanología debe ser ciencia entre nosotros. Nueva, no sólo porque hasta la fecha ni siquiera se ha recogido ni menos catalogado el copioso material diseminado de nuestro folclore, sino porque su estudio, al efectuarse, debe ser metódico, comparativo y científico." Juan Ramón Uriarte, *Cuzcatlanología*, Tomo IX. San Salvador, Imprenta Cuscatlania, 1926, p. 20. Es posible que estos intelectuales hayan recibido influencia de México, en donde la Revolución había redescubier- to al indígena. Juan Ramón Uriarte y Miguel Ángel Espino representaron al gobierno salvadoreño ante México por varios años. Sobre la evolución del pensamiento indigenista, en el marco de la Revolución Mexicana, véase Henri Favre. *El indigenismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª ed. en español, 1998, pp. 44-51.
24. *Ídem*, p. 24. El énfasis es mío.
25. *Ídem*, p. 28. Espino asume una actitud similar: "La hez de España, felina y sanguinaria, vino a colonizar América, y a dejar su simiente degenerada en estas tierras. El fondo moral de los indios sufrió menoscabo en su descendencia, al mezclarse con la moral de los bandoleros hechos soldados... Los machos españoles saciaron su furia sensual en las mujeres indias, corrompiéndolas e iniciando la prostitución." Miguel Ángel Espino, *op. cit.*, pp. 24 y 25.
26. Juan Ramón Uriarte, *op. cit.*, p. 28. El énfasis es mío.
27. Cuzcatlanología, *Diario del Salvador*, 8 de abril de 1927, p. 6. Favre señala que "el indigenismo culturalista prolonga la tradición del positivismo latinoamericano debido tanto a su pretensión de cientificidad como a su afán de hacer desembocar la reflexión intelectual en la acción política y social." Henri Favre. *Op. Cit.*, p. 51.
28. "Mensaje dirigido a la Asamblea Nacional de El Salvador por el señor Presidente de la República Doctor don Alfonso Quiñónez-Molina, en la solemne apertura de las sesiones ordinarias de 1927", *Diario Oficial*, 14 de febrero de 1927, p. 211. Inicialmente la *Revista de Etnología, Arqueología y Lingüística* fue dirigida por el profesor austriaco Dr. Rodolfo Schuller.
29. Manuel Andino. *La obra del gobierno del doctor Quiñónez-Molina (1923-1927)*, Tomo II San Salvador, Imprenta Nacional, 1927, pp. 460-462.
30. *Ídem*, p. 419. El énfasis es del original.

31. *Ídem*, p. 420. El énfasis es del original.
32. "Los maestros de Historia, Geografía y Cívica deben ser salvadoreños o nacionalizados salvadoreños". *Diario del Salvador*, 13 de abril de 1926, p. 3. El énfasis es mío.
33. *Ídem*.
34. Nótese que aparte de la coincidencia temporal, existe una marcada concordancia entre los planteamientos de Andino y los de Juan Ramón Uriarte en su obra *Cuzcatlanología*, (op. cit., pp. 24-28). Que las posturas de Andino, Lardé, Ambrogi y Uriarte sean afines se explica en parte considerando que todos ellos fueron funcionarios del gobierno de Quiñónez.
35. "Solemne inauguración de la Academia de la Historia", *La Prensa*, 1 de abril de 1925, p. 1.
36. "Estatutos de la Academia Salvadoreña de la Historia", *Diario Oficial*, 5 de febrero de 1925, p. 265. El director de la Academia era el Dr. Manuel Castro Ramírez y el Secretario Juan Ramón Uriarte. Entre los miembros figuraban el rector de la Universidad Dr. Víctor Jerez, el Dr. Victorino Ayala y el ya mencionado Francisco Gavidia.
37. "Mensaje a la Asamblea Nacional de El Salvador por el señor Presidente de la República, doctor don Pío Romero Bosque, en la solemne apertura de las Sesiones Ordinarias de 1929". *Diario Oficial*, 21 de febrero de 1929, p. 336. El énfasis es mío.
38. Jacinto Paredes. *Vida y obra del doctor Pío Romero Bosque. Apuntes para la historia de El Salvador*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1930, p. 146. El énfasis es mío. Igualmente el Departamento de Historia rescató la documentación del archivo colonial y federal que se salvó del incendio del Palacio Nacional y que estaba abandonada en las bodegas del edificio de la Escuela de Medicina.
39. Henri Favre. Op. Cit. p. 45. Seguramente que la creación de la ya mencionada *Revista de etnología, Arqueología y Lingüística* tuvo alguna relación con estos esfuerzos por reconstruir el pasado precolombino.
40. *La Prensa*, 28 de noviembre de 1929, p. 1.
41. Jorge Lardé. "Período de la Independencia. La magna fecha no es la del 15 de septiembre", *El Salvadoreño*, 9 de febrero de 1926. (Tomado de *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"*, Tomo VI, N° 23-24, julio-diciembre de 1955), p. 5.

42. *Ídem.* p. 7.
43. *Diario Oficial*, 25 de febrero de 1927, p. 337.
44. "El 1° de julio de 1823; patriótico decreto de nuestra Representación Nacional". *El Salvadoreño*, 11 de mayo de 1927. (Tomado de *Anales del museo nacional "David J. Guzmán"*, tomo VI, N° 23-24, julio-diciembre de 1955), pp. 11-12. Un antecedente interesante de estos esfuerzos por resaltar la precocidad de los anhelos salvadoreños de libertad se puede encontrar en la celebración del centenario del primer grito de independencia en 1911. En esa oportunidad se publicó la revista *Próceres* que se dedicó exclusivamente a difundir documentos y datos históricos relativos a los movimientos independentistas de 1811 y 1814. Sin embargo, esa iniciativa no tuvo continuidad.
45. Augusto C. Baratta, fue el esposo de María de Baratta. No debe extrañar que dicho kiosco tuviera motivos indígenas, pues él ilustró los dos tomos de Cuzcatlán típico, con dibujos, códices y fotografías. El arquitecto Baratta también colaboró en la investigación de las ruinas de Sihuatán y elaboró los primeros planos de ellas.
46. "Sección editorial". *Diario Oficial*, 18 de julio de 1924, p. 1587.
47. "Sección editorial", *Diario Oficial*, 15 de Febrero de 1927, p. 225. Los edificios escolares construidos en la administración Quiñónez fueron bautizados con nombres tales como:
- Grupo Escolar "Antonio José Cañas" (Soyapango, inaugurado el 14 de Septiembre de 1924).
 - Grupo Escolar "José María Cáceres" (Zaragoza, inaugurado el 31 de Octubre de 1924).
 - Grupo Escolar "Doroteo Vasconcelos" (Ayutuxtepeque, inaugurado el 20 de marzo de 1926).
 - Grupo Escolar "Fabio Castillo" (Ilopango, inaugurado el 14 de Septiembre de 1926).
 - Grupo Escolar "Vicente Acosta" (Apopa, inaugurado el 25 de Noviembre de 1926).
- Manuel Andino. *Op. Cit.*, p. 509.
48. *Diario Oficial*, 15 de febrero de 1927, p. 225. El énfasis es mío.
49. *Ídem*, p. 226. El énfasis es mío.
50. Véase Juan Ramón Uriarte. *Op. Cit.*, p. 28.

51. Carlos Urutia F., *La ciudad de San Salvador*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1ª edición, 1924, p. 185. Nótese como en toda la emisión domina el interés por promover lo nacional.
52. *Ídem*, pp. 185-186.
53. *Ídem*, p. 186.
54. Entre otros escritores, además de Gavidia, que se inspiraron en el mito de Atlacatl, se pueden mencionar a: Vicente Acosta "La corte de Atlacatl", Ramón de Nunfio "Atlacatl", Jorge Lardé "Los atlacátidas", Carlos Bustamante "La epopeya de Cuzcatlán", etc.
55. Carlos Urrutia, *Op. Cit.*, p. 185.
56. "El señor de Cuzcatlán da origen a una controversia. Lo que opina el señor Imery y lo que dice don Juan Ramón Uriarte". *Diario Latino*, 4 de Septiembre de 1926, pp. 1 y 6. El énfasis es mío.
57. Armando Solís. *Yo, Atlacatl. Valentín Estrada. Memorias de un escultor*. San Salvador, Editorial Abril Uno, 1996, p. 14.
58. *Ídem*, p. 63. El énfasis es del original. Jacinto Paredes afirma que la estatua de Atlacatl "fue mandada a vaciar en bronce por el Gobierno del doctor Pío Romero Bosque, para hacer la figura en la Exposición de Sevilla". Jacinto Paredes. *Vida y obra del doctor Pío Romero Bosque*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1930, p. 153.
59. *Ídem*, p. 64.
60. *Ídem*, p. 70.
61. Véase Carlos Gregorio López. *Op. cit.*, cap. 4.
62. Armando Solís. *Op. Cit.*, p. 71. El énfasis es mío. Con una muestra de candorosa ingenuidad Estrada agrega: "esos fueron años maravillosos de gratos recuerdos".
63. La idea de hacer esta obra provino del Presidente Quiñónez. "Conversando ayer por la mañana el señor Presidente de la República con el Rector de la Universidad doctor Víctor Jerez, aquel reiteró a éste su plausible propósito de colocar en el triángulo del frontispicio del Palacio Nacional el busto de Atlacatl, señor de Cuzcatlán". "Se colocará el busto de Atlacatl, señor de Cuzcatlán, en el frontispicio del Palacio Nacional". *Diario del Salvador*, 6 de marzo de 1925, p. 1.

64. "Sección editorial". *Diario Oficial*, 6 de noviembre de 1926, p. 2017. En el mismo acto se hizo entrega de premios al escultor del busto, don Joaquín Aguilar Guzmán y al vaciador en bronce, don Luis Acosta. En una publicación de 1925 aparece un busto de Atlacatl, hecho por Aguilar Guzmán que demuestra que el escultor venía trabajando esa idea desde antes. *Boletín Municipal IV Centenario de la fundación de San Salvador*, San Salvador, Imprenta Nacional, 1925, p. 12.
65. "El acto de ayer tarde frente al Palacio Nacional. Descubrimiento del busto del Señor de Cuzcatlán", *Diario del Salvador*, 6 de Noviembre de 1926, p. 1.
66. "El desnudamiento de Atlacatl", *Diario del Salvador*, 2 de Noviembre de 1926, p. 4.
67. Aunque no se han encontrado muchos ejemplares de *El Salvadoreño* del año de 1926, sí se han podido seguir sus planteamientos y polémicas, debido a que el *Diario del Salvador*, a fin de contrarrestar sus ataques, a menudo publicaba los artículos de aquel periódico. Igualmente la revista *Anales del Museo Nacional "David J. Guzmán"* reprodujo algunos de sus materiales. López Vallecillos dice de *El Salvadoreño*: "Sus artículos de fondo son de tal envergadura que toda la crítica social, económica y política que se hizo en sus páginas provocó fuerte conmoción en la opinión pública." Italo López Vallecillos, *El periodismo en El Salvador*. San Salvador, UCA Editores, 2ª edición, 1987, p. 361.
68. "Araños y Rasguños. Aquí te quiero escopeta", *Diario del Salvador*, 9 de Noviembre de 1926, p. 1. El énfasis es mío.
69. "El señor de Cuzcatlán da origen a una controversia. Lo que opina el señor Imery y lo que dice don Juan Ramón Uriarte". *Diario Latino*, 4 de septiembre de 1926, p. 1. Jorge Lardé, principal constructor del mito del héroe indiano, tampoco se mostró satisfecho con dicha obra. "Atlacatl es uno de los próceres de nuestra patria, y bien merece que se perpetúe en bronce su memoria, pero en una obra de arte que llene por completo las aspiraciones nacionales." "El Jefe Supremo del Señorío de Cuzcatlán". *El Salvadoreño*, 2 de septiembre de 1926.
70. *Ídem*, p. 6.
71. "Cuzcatlán y Atlacatl". Tomado de *Anales del museo nacional "David J. Guzmán"*, Tomo VI, N° 21-22, enero-julio de 1955, p. 26.

72. *Ídem*, p. 26. Años mas tarde el historiador don Jorge Lardé y Larín demostró que tales afirmaciones eran erradas, en tanto que el memorial citado no hacía referencia a la persona de Atlacatl, sino a una población indígena situada en Guatemala. Jorge Lardé y Larín, *El Salvador: descubrimiento, conquista y colonización*. Dirección de Publicaciones e Impresos, MINED, 2ª edición, 2000, pp. 73-75.
73. "El Jefe Supremo del Señorío de Cuzcatlán", *El Salvadoreño*, 2 de septiembre de 1926. Reproducido en *Anales del museo nacional "David J. Guzmán"*, Tomo VI, N° 21-22, enero-julio de 1955, p. 30. El énfasis es mío.
74. "Atlacatl ante la Historia". Disertación del Profesor Jorge Lardé al descubrirse el medallón en bronce del señor de Cuzcatlán en la fachada principal del Palacio Nacional. *El Salvadoreño*, 8 de noviembre de 1926. Reproducido en *Anales del museo nacional "David J. Guzmán"*, Tomo VI, N° 21-22, enero-julio de 1955, p. 32.
75. *Ídem*, p. 33.
76. Juan Ramón Uriarte, "El héroe nacional. (Ante la estatua de Atlacatl)", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*. Año 8, tomo 8, N° 4, junio de 1932, p. 429.
77. Véase Carlos Gregorio López Bernal. "El proyecto liberal de nación..." *Op. Cit.*, cap. 3.
78. *Ídem*. Cap. 4: "El levantamiento comunista y la redefinición del discurso nacionalista (1932-1934)."